

Respuesta a sor Juana Inés

La peor del mundo

El inicio pudiera ser un trazo de escritura de forma sencilla, inerme y negligente en el libro de las profesiones del convento de San Jerónimo, en la Ciudad de Méjico, el 24 de febrero de 1669 («Yo sor Juana Inés de la Cruz, hija legítima de don Pedro de Asbaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios nuestro Señor y de la bienaventurada nuestra madre Santa Paula hago voto y prometo a Dios nuestro Señor, a vuestra merced el señor doctor don Antonio de Cárdenas y Salazar, canónigo de esta Catedral, provisor de este Arzobispado, en cuyas manos hago profesión, en nombre del Ilustrísimo y Reverendísimo señor don fray Payo de Ribera, obispo de Guatemala y electo arzobispo de Méjico y de todos sus sucesores, de vivir y morir todo el tiempo y espacio de mi vida en obediencia, pobreza, sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, so la regla de nuestro padre San Agustín y constituciones a nuestra Orden y Casa concedidas. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre hoy a 24 de febrero del año 1669. JUANA INES DE LA CRUZ. Dios me haga santa...», v. IV, p. 522).¹ A veinticinco años de distancia, la misma mano, presentida casi la inminente muerte, ponía fin al propio recorrido con otro trazo de escritura —siempre inerme y negligente, si bien ahora ensombrecida por la dolorosa llegada del fin— en el libro de las profesiones del mismo convento («Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios y de su purísima Madre, a mis hermanas las religiosas, que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todas pido perdón por amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del mundo, JUANA INES DE LA CRUZ...», v. IV, pág. 523). Entre el inicial deseo de santidad y la última denigración de sí que sellan —respectivamente— los dos escritores, se resume una parábola común a muchas mujeres de muchas épocas, consumada sin aventurarse en los espacios de lo excepcional. Así sería si, a pie de página de ambas declaraciones, no figurase el nombre de sor Juana Inés de la Cruz y, ligada a este nombre, la marca perdurable de un vivir y de un escribir que, fijándose en contornos ejemplares, han roto las costumbres. El auténtico inicio estará, entonces, en indagar antes de febrero de 1669, fecha que, aureolada por las luces del nombre demasiado elocuente, se inserta en la trama de un destino a recorrer en su individualidad.

¹ Las citas están tomadas de *Sor Juana Inés de la Cruz, Obras completas, a cargo de Alfonso Méndez Plancarte, México, 1951-57. Entre las ediciones recientes de la lírica de sor Juana Inés, hay que señalar Inundación castálida, a cargo de Georgina Sabat de Rivers, Madrid, 1982. En cuanto a las traducciones en lengua italiana, cfr. Risposta a Suor Filotea, a cargo de Angelo Morino, Torino, 1980, Poesie, a cargo de Roberto Paoli, Milano, 1983 y Il sogno, en la versión de Insel Marty, Abano Terme, 1985.*

Concebida por mujer sola

Sor Juana Inés de la Cruz nacía el 12 de noviembre de 1648, en San Miguel de Nepantla, una granja a unos sesenta kilómetros de la Ciudad de Méjico.² Sólo ciento veinte años antes, el mismo territorio en las faldas del Popocatepetl había visto a Gonzalo de Sandoval y sus hombres, junto con algunos aliados indios de Chalco y de Tlaxcala, imprimir a fuego el sello de Carlos V en las carnes de los indígenas salvados de los estragos de Yacapixtla y forzados a esclavitud en Tezcuco. Pero, a mediados del Seiscientos, ningún eco de las sanguinarias vejaciones ligadas a la empresa de la Conquista enturbiaba la comarca. Fértil en caña de azúcar, el lugar se había convertido en sede de colonos españoles —entre los cuales los representantes de la rama materna de sor Juana Inés— establemente fijados con el derecho de la fuerza adquirida sobre las ruinas del imperio azteca.

En el acto de profesión registrado en el convento de San Jerónimo, la monja se declaraba «hija legítima de don Pedro de Asbaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez». Sin embargo, la madre, una criolla de ascendencia no aristocrática, había a su vez declarado, en el propio testamento, ser «mujer de estado casadera» y haber alumbrado seis hijos naturales —cinco hembras y un varón— de los que los tres primeros concebidos con Pedro de Asbaje y los otros con el capitán Diego Ruiz Lozano. Sor Juana Inés era pues conocida en el siglo no con el nombre de Juana de Asbaje, como por mucho tiempo se ha creído, sino por Juana Ramírez: concebida sólo por mujer, privada del sello paterno que sanciona la pertenencia de las hijas ante la ley. Por otra parte, es lícito suponer que el padre —marinero vasco de quien nos han llegado noticias circunstanciales— haya estado casi ausente de la vida de la hija: tanto por el lazo ilegítimo que lo unía a Isabel Ramírez como por la pronta aparición de otro hombre al lado de la misma. La futura religiosa tenía cuatro o cinco años cuando el padre desaparecía definitivamente de San Miguel de Nepantla para establecerse en Ciudad de Méjico —donde en 1669 aparecía ya muerto— y de ahí a poco se trasladaba junto a la familia, renovada con la presencia del padrastro, a las tierras vecinas de Panoayán, propiedad del abuelo materno, Pedro Ramírez.

Entre presencia y ausencia

De Pedro de Asbaje a Diego Ruiz Lozano, de Diego Ruiz Lozano a Pedro Ramírez. La figura paterna se fragmenta en tres imágenes: la del padre ilegítimo desaparecido, la del padrastro usurpador y la del abuelo, que se revelará iniciador benévolo en los

² Para una biografía de sor Juana Inés cfr. los ya clásicos estudios: Dorothy Schons, Some obscure points in the life of Sor Juana Inés de la Cruz, in *Modern Philology*, XXIV (2), 1926, Nuevos datos para la biografía de Sor Juana, en *Contemporáneos*, 9, 1929 y Algunos parientes de Sor Juana, *México*, 1934; Emilio Abreu Gómez, Sor Juana Inés de la Cruz. Bibliografía y Biblioteca, *México*, 1934 y Semblanza de Sor Juana, *México*, 1938; Guillermo Ramírez España, La familia de Sor Juana (documentos inéditos), *México*, 1947; Enrique A. Cervantes, El testamento de Sor Juana Inés de la Cruz y otros documentos, *México*, 1949. A estos textos fundamentales, es necesario ahora añadir la ponderada contribución de Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, *México*, 1982, del que algunos capítulos han aparecido en la revista *Vuelta*. Sobre todo en el cotejo de estos capítulos, mi trabajo es deudor, habiéndome trazado parecidos estímulos.

misterios del libro. Recordando los primeros años en la autobiográfica *Respuesta a Sor Filotea*, sor Juana Inés no aludirá nunca ni a Pedro de Asbaje ni a Diego Ruiz Lozano. Por otra parte, si bien indebidamente exhibido en el acto de profesión, el nombre paterno no aflora siquiera en otros textos suyos. Sólo el recuerdo del abuelo encuentra espacio en el relato de la infancia, pero el abuelo es también él figura de la ausencia: es hombre bondadoso, privado de sensualidad, desaparecidos con los años sus atributos físicos y es su sola función la de detentador del saber, que le permitirá emerger y rápidamente desvanecerse en el recuerdo de la nieta, («... yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni represiones a estorbarlo...», v. IV, p. 446). En cuanto al padre y al padrastro, para sor Juana Inés son una ausencia en la que se complementan el abandono del primero y la intrusión del segundo.³

Frente a este vacío, domina la presencia carnal de la madre, en la cual, fatalmente, se suman fascinación y repulsión. Fascinación, porque el cuerpo materno es espejo en el que la hija es solicitada para investigar la propia imagen futura, las señales de una femineidad que, niña, aún no posee. Repulsión, porque, en la madre, la hija se ve a sí misma eliminada de la historia, relegada a un margen miserable que la destina al papel pasivo de reproductora. Con su fecundidad por encima de la norma, con su exhibición del dominio paterno, Isabel Ramírez traza un trayecto que sor Juana Inés reconstruirá —por reacción— negativamente: fecunda en el mundo físico la primera, fecunda en el mundo intelectual la segunda. La vida de la monja de San Jerónimo se revelará una respuesta a la de la madre, pero una respuesta en la que cada señal será el reverso, del cuerpo fértil de materia a la mente fértil de ideas.⁴

³ Es una situación que Octavio Paz ha sintetizado agudamente: «No es fácil conocer los sentimientos que le inspiraba Diego Ruiz Lozano. No eran, seguramente, menos complejos que los que sentía ante el fantasma Asbaje. Sólo que si la nota distintiva de su relación con este último fue la ausencia, la que le unía a Ruiz Lozano fue más bien la contraria: Asbaje era un espectro, Ruiz Lozano un ser de carne y hueso. El nuevo amante debe haber sido visto por Juana Inés como un entrometido y un usurpador. En su mitología infantil las dos figuras antagónicas, pero complementarias, en que cristalizó la virilidad fueron el padre y el padrastro, el fantasma y el intruso. La primera fue realidad sin cuerpo: humo que se deshace entre los dedos. El fantasma es intocable: la indiferencia del padre ausente culmina en la inaccesibilidad del espectro. La segunda fue, sobre todo, una presencia física, un cuerpo extraño que ocupa y profana los espacios reservados al jefe de la casa. Esos espacios son, simultáneamente, sagrados e íntimos: el sillón de la sala, la cabecera de la mesa, el lecho conyugal. La presencia extraña es la expresión palpable del poder en su forma más desnuda e ilegítima: la usurpación», (op. cit., pp. 112-113).

⁴ El conflicto, en su infrahistoricidad, ha sido bien tratado por Ida Magli: «En la madre la hija entrevé lo que será el propio destino: un destino de servicio, de esclavitud, de sumisión. En la madre la hija entrevé el poder mezquino, chantajista, humillante del que es débil y tiende por ello a conquistar las pequeñas ventajas del siervo, con hipocresía, engaños, subterfugios. En la madre se odia el testimonio de lo que será la propia vida, que la adolescente, que aspira con todas sus fuerzas a la libertad, ve claramente los límites infranqueables, la falta de todo lo que está "fuera", al aire libre, por encima de los límites de lo privado, de la casa, de la familia. En la madre está la negación del heroísmo, de lo sublime, de la revolución, del cambio, de la historia; en la madre está todo lo que el ser humano rechaza, precisamente porque es ser humano, y no categoría zoológica: en la madre está lo biológico, lo físico, lo repetitivo, la "naturaleza", con esa presencia concreta, pesada, obtusa, que es el cuerpo, el servicio al cuerpo y a sus necesidades, esas necesidades que el ser humano rechaza como primarias, olvida, supera en la aspiración a la libertad, a la realización de sí en la sociedad, en la historia», (Hacia un descubrimiento de nosotros, los salvajes, Milán, 1981; pp. 125-26).